

13

Apuntes sobre la ocupación de la Cova d'En Pardo durante la Edad del Bronce

Laura Acosta Pradillos*

Juan Antonio López Padilla

MARQ

Introducción

La Cova d'En Pardo (Planes / la Vall de Gallinera, Alicante) es una cavidad con un importante depósito sedimentario cuya primera exploración arqueológica se remonta a mediados de los años sesenta (TARRADELL, 1969). Desde 1993 y hasta 2007 el yacimiento fue excavado de forma sistemática bajo la dirección de Jorge A. Soler -a la que más tarde se sumaría Consuelo Roca de Togores-, proporcionando un registro estratigráfico, contextual y artefactual de inapreciable valor para comprender y explicar el proceso de implantación, consolidación y desarrollo de las primeras sociedades de agricultores y pastores en el territorio meridional valenciano (SOLER DÍAZ, en este volumen).

En este trabajo, sin embargo, pretendemos realizar un pequeño estudio de los materiales de la Edad del Bronce documentados en las campañas de excavación realizadas en 1965 por V. Pascual bajo la supervisión de M. Tarradell, llevadas a cabo en la sala izquierda de la cavidad. Todos ellos se encuentran actualmente formando parte de los fondos del Museu Arqueològic Municipal "Camil Visedo i Moltó d'Alcoi", institución a la que, en la persona de su director, José María Segura, y del técnico J. Miró, damos las gracias por la inestimable colaboración y facilidades prestadas para acceder al material objeto de estudio.

El trabajo realizado ha pretendido correlacionar el registro material de la Edad del Bronce obtenido en las antiguas excavaciones de V. Pascual con la estratigrafía, los objetos y contextos de este momento documentados en la sala derecha de la cueva durante las excavaciones sistemáticas realizadas por el equipo técnico del MARQ, fundamentalmente centrándonos en las campañas de 1996 a 1998 y en los niveles II, IIB y III, donde se han encontrado vestigios relacionados con el final de la Edad del Bronce (SOLER

ET ALLI, 1999) y dos inhumaciones carentes de ajuar de una de las cuales se dispone de dataciones absolutas que corroboran su adscripción a este período.

Breves apuntes sobre el Bronce Final en las tierras valencianas

En la década de los años cincuenta la idea de una Edad del Bronce muy prolongada en el tiempo se hallaba plenamente consolidada en la investigación prehistórica valenciana, asumiéndose en general que las culturas de este momento perduraban sin apenas cambios hasta aproximadamente mediados del siglo VII a.C. (FLETCHER, 1954), momento en el que se producirían grandes transformaciones sociales vinculadas a la llegada de nuevas gentes de origen indoeuropeo o procedentes del Mediterráneo Oriental, y que crearían las bases para el desarrollo posterior de la Cultura Ibérica.

A finales de la década, E. Pla Ballester (1959) se ocuparía de la problemática del final de la Edad del Bronce en tierras valencianas reafirmando en la hipótesis de su larga duración, aunque sin descartar que en el siglo IX a.C. hubiese intrusiones de gentes relacionadas con la Cultura de los Campos de Urnas pero cuya implantación no supondría una influencia cultural tan decisiva como la de las poblaciones del Mediterráneo Oriental, planteamiento éste asumido y reafirmado más tarde por M. Tarradell (1962) a partir de los resultados obtenidos en las excavaciones del yacimiento saguntino del Pic dels Corbs. La imagen de un Bronce Valenciano que, en palabras del propio Tarradell "...tendió al estancamiento, que no se renovó, que vivió durante siglos bajo módulos parecidos,..." (TARRADELL, 1969: 26) fomentó la idea de una cultura aislada y abocada a una crisis económica que para algunos inves-

* Becaria del Museu Arqueològic Municipal d'Alcoi.

tigadores constituía la piedra angular de su explicación histórica (APARICIO, 1976).

En la década de los setenta comenzaron a realizarse las primeras excavaciones sistemáticas en yacimientos como Los Sadalares (Orihuela) (ARTEAGA, 1973), Peña Negra (Crevillent) (GONZÁLEZ PRATS, 1976), Mola d'Agres (Agres) (GIL-MASCARELL, 1978), El Torrelló (Onda) (GUSI JENER, 1974) u Oropesa la Vella (Oropesa del Mar) (GUSI y OLARIA, 1977) cuyos resultados iban a permitir replantear perspectivas en relación a los momentos finales de la Edad del Bronce en el área del Levante peninsular. Aunque cabe anotar algunos ensayos de periodización previos (ENGUIX, 1980), el punto de inflexión vendría marcado por la publicación del decisivo trabajo de M. Gil-Mascarell y C. Aranegui (1981), en el que se sentarían las bases para la caracterización y definición del Bronce Final en las tierras valencianas y la transición a la Edad del Hierro, y que en esencia trataba de trasladar al registro valenciano la propuesta de periodización ensayada con éxito por F. Molina (1978) para el Sudeste peninsular, en donde se había logrado identificar una fase arqueológica post-argárica, denominada Bronce Tardío, que precedía a un Bronce Final en el que se reconocían a su vez dos subfases o períodos denominados Bronce Final I y II.

Del mismo modo, M. Gil-Mascarell (1981: 32-33) proponía la existencia de un Bronce Tardío y un Bronce Final valenciano dividido en dos fases cuya definición trascendía realmente el ámbito de lo meramente temporal para atender más bien a todo el elenco de rasgos cuya presencia, en torno al siglo VIII a.C. definía, en palabras de la autora, la "...verdadera *transformación cultural* que se irá generalizando y profundizando en las siguientes centurias hasta desembocar más tardíamente, y merced a los influjos mediterráneos, en la potente y rica Cultura Ibérica."

Esta propuesta es la que, con algunos matices, se ha mantenido sustancialmente hasta la actualidad, aunque no se tardó demasiado en comprobar las dificultades que entrañaba su aplicación al conjunto del territorio valenciano (GONZÁLEZ PRATS, 1992), en especial en lo concerniente a un "Bronce Tardío" que si bien se mostraba perfectamente reconocible en los repertorios cerámicos de raigambre meseteña en las comarcas más meridionales -Vega Baja del Segura y valle del Vinalopó- se desdibujaba hasta prácticamente desaparecer conforme se ganaba en latitud, terminando por conformar con nitidez una dicotomía entre aquél -representado por yacimientos como Pic dels Corbs, Orpesa la Vella o Tossal del Castellet- y un "Bronce Valenciano Tardío" carente en su registro de las formas carenadas y los tipos cerámicos característicos de Cogotas I -como la Cova del Mas d'Abad, l'Abric de les Cinc, Les Raboses o el Torrelló del Boverot (RIPOLLÉS, 1994; MARTÍ y DE PEDRO, 1997; BARRACHINA, 2004).

En cualquier caso, y a pesar de las dificultades que continúa entrañando su acomodo al recorrido histórico de las tierras valencianas en lo que atañe al último tercio del II milenio cal BC y al primer tercio del I milenio cal BC, la mayor parte de los autores mantiene el esquema propuesto, no sólo en lo concerniente al registro material de los pocos asentamientos excavados recientemente (FLORS, 2009; GARCÍA BORJA ET ALII, 2010) sino también en lo referente a sus expresiones funerarias (LORRIO, 2008).

A pesar de que las excavaciones de V. Pascual nunca fueron publicadas de manera exhaustiva, y sus materiales permanecían sustancialmente inéditos, la Cova d'En Pardo ocupó desde el primer momento un lugar relevante en la construcción de la periodización del Bronce Final valenciano. Tras revisar el conjunto de materiales cerámicos conservado en el Museo Arqueológico Municipal de Alcoi, M. Gil-Mascarell la incluyó en su inventario de yacimientos, reproduciendo gráficamente algunos fragmentos, entre ellos un vaso carenado con borde vuelto y ónfalo en la base (GIL-MASCARELL, 1981: 16. Fig. 3. 7), claramente adscribibles al Bronce Final (GIL-MASCARELL, 1981: 37) y que serían reproducidos nuevamente años más tarde (MATA, MARTÍ e IBORRA, 1996: 195, Fig. 6. 3-4).

La corroboración de la presencia de un nivel de ocupación de la cueva en los momentos finales del II milenio cal BC llegaría a finales del pasado siglo tras las actuaciones sistemáticas llevadas a cabo en la sala derecha de la cueva, no sólo en cuanto al registro cerámico sino también en lo que atiende al uso funerario de la cavidad (SOLER ET ALII, 1999).

El registro del final de la Edad del Bronce de la Cova d'En Pardo. Campaña 1965

La presencia de materiales de la Edad del Bronce en numerosas cavidades del territorio valenciano ya fue valorada, entre otros investigadores, por M. Tarradell (1969), quien las consideró lugares de hábitat secundario, subsidiarios de los verdaderos núcleos de población que estarían mayoritariamente emplazados en asentamientos al aire libre sobre las zonas más altas de los cerros. El que su número se incrementara progresivamente conforme se iba ganando en latitud por las tierras valencianas y castellonenses justificaba, en aquellos momentos, la tan arraigada idea de la "irradiación" cultural del Sudeste, que iría lógicamente perdiendo consistencia y atemperando el influjo a medida que la distancia con el territorio argárico aumentaba; pero sobre todo apuntaló la hipótesis planteada por Tarradell de un modelo de explotación del territorio predominantemente ganadero, que haría de las cuevas el lugar ideal para unas ocupaciones esporádicas acordes con el desarrollo de la actividad pastoril (MARTÍ, 1983), suposición que en lo básico han mantenido numerosos investigadores (GUSI, 1992, 2001; PALOMAR, 1996; FAIRÉN, 2001). En cualquier caso, un somero repaso a la bibliografía revela la notable cantidad de yacimientos en cueva con materiales de la Edad del Bronce existente en la zona de l'Alcoià y El Comtat (RUBIO, 1987; LÓPEZ, TORREGROSA y TORTOSA, 1989; PASCUAL BENITO, 1990; LORRIO, 1996; SOLER ET ALII, 1999; FAIRÉN, 2001; MOLINA y JOVER, 2007), de lo que claramente cabe inferir que muchas de las cavidades de estas comarcas continuaron visitándose mucho tiempo después de que dejaran de prestar servicio como necrópolis colectivas, tal y como atestigua la propia Cova d'En Pardo.

Sin embargo, confirmar el carácter puntual de las ocupaciones de estas cuevas durante la Edad del Bronce resulta complicado, principalmente a causa de los continuos expolios, remociones y alteraciones de todo tipo a las que se han visto sometidos a lo largo del tiempo la gran mayoría de los depósitos sedimentarios

contenidos en ellas. Además, a la alteración de las estratigrafías se suma la extraordinaria escasez de excavaciones metódicas, ya que la inmensa mayoría de los materiales procede de hallazgos casuales, rebuscas incontroladas o incluso actuaciones antiguas de las que apenas nos ha quedado ningún registro documental. Así pues, lo que nos resta disponible es básicamente un exiguo conjunto de datos procedente de un puñado de yacimientos de los que es difícil extraer conclusiones extrapolables al resto.

En el afortunado caso de la Cova d'En Pardo se suman, a la rigurosidad de los trabajos llevados a cabo por V. Pascual en la sala izquierda de la cueva, minuciosamente reflejados en sus diarios de excavación, la calidad del registro obtenido en las últimas décadas durante la excavación de la sala derecha, lo que nos brinda una excelente oportunidad para tratar de reconstruir la historia deposicional del yacimiento durante los últimos momentos de su ocupación prehistórica. Pero en todo caso es necesario en este punto reconocer que circunstancias de muy diversa índole han dificultado mucho la tarea de conciliar las observaciones de Pascual con los datos registrados en las excavaciones modernas, separados ambos por una inevitable distancia metodológica.

El material de las antiguas excavaciones de la Cova d'En Pardo realizadas por V. Pascual (1968) se encuentra depositado en el Museu Arqueològic Municipal "Camil Visiedo" d'Alcoi. Una vez revisado, la primera labor consistió en separar el material de la Edad del Bronce de otros objetos de diferente cronología, para proceder después a su clasificación, siempre contabilizando y analizando las cerámicas con formas, sin decorar y decoradas, y analizando aquellas piezas informes que tuvieran alguna característica significativa, en especial algún tipo de decoración o elementos de prensión.

Finalizado el inventario, contamos con 40 objetos de cerámica y un instrumento óseo, varios de los cuales se referencian e incluso reproducen gráficamente en los diarios de Pascual. La mayoría de los vasos que hemos estudiado tienen perfiles sencillos, predominando las formas hemisféricas o de casquete esférico o elipsoide. Entre ellas encontramos sólo tres piezas de gran tamaño, siendo relativamente más abundantes las vasijas de menores dimensiones, principalmente cuencos.

Contamos con 17 piezas cerámicas carentes de decoración, entre las que se incluyen las tres vasijas de grandes dimensiones que acabamos de mencionar (Fig. 13.1), caracterizadas por un tratamiento grosero de la superficie, y que muy probablemente sirvieron para almacenar algún tipo de producto, sin que puedan descartarse otras hipótesis, como la de haber servido como receptáculos para el almacenamiento de agua. La mayoría de estos vasos sin decoración tienen un tratamiento alisado o espatulado, aunque podemos destacar algunos con un tratamiento bruñido que no obstante se destinó mayoritariamente a las piezas con una carena marcada en el cuerpo. De los fragmentos con superficies con tratamientos alisados contamos con 5 piezas de pequeñas dimensiones, además de tener un grosor pequeño (Fig. 13.4).

Contamos con 5 bases planas con talón pertenecientes a recipientes de grandes dimensiones (Fig. 13.2), todas ellas mostrando un tratamiento poco cuidado de la superficie. Se trata de piezas que hoy se sabe perduran considerablemente en el tiempo, llegán-

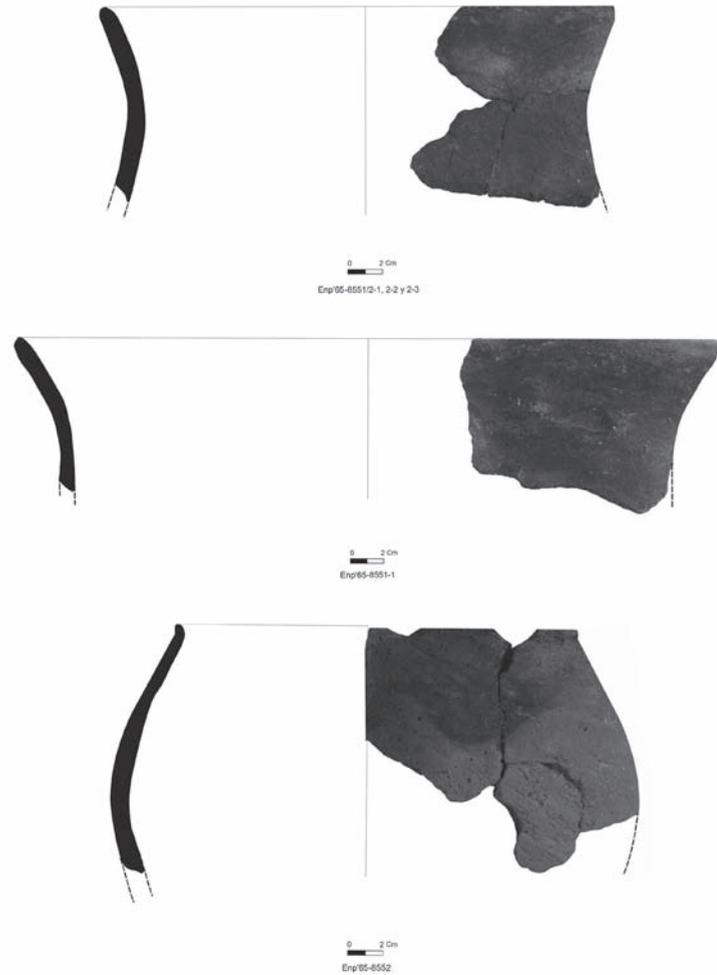


Figura 13.1 Cova d'En Pardo. Excavaciones de V. Pascual (1965). Recipientes cerámicos de gran tamaño.

dose a documentar incluso en el tránsito del Bronce Final III/Hierro I, junto con cerámicas a torno (GRAU, 2001).

El conjunto más relevante, sin embargo, lo constituyen una decena de piezas con decoración cuyos motivos podemos reconocer en su mayor parte entre el material cerámico registrado en yacimientos próximos. Encontramos cordones con digitaciones e incisiones, aunque el material más destacable lo conforman tres fragmentos con reticulados e incisiones (Fig. 13.3), líneas horizontales y verticales formando dibujos, de los que se localizaron fragmentos similares en las campañas de excavación más recientes (SOLER ET ALI, 1999: figura 3.2: 8). Los tres fragmentos hallados por V. Pascual en la sala de la derecha de la cueva presentan una sintaxis decorativa que encontramos en otras cavidades cercanas como la Cova de Bolomini, en Alfafara (LORRIO, 1996), la Cova dels Coloms o la Cova de Petxineta, ambas en Cocentaina, y también

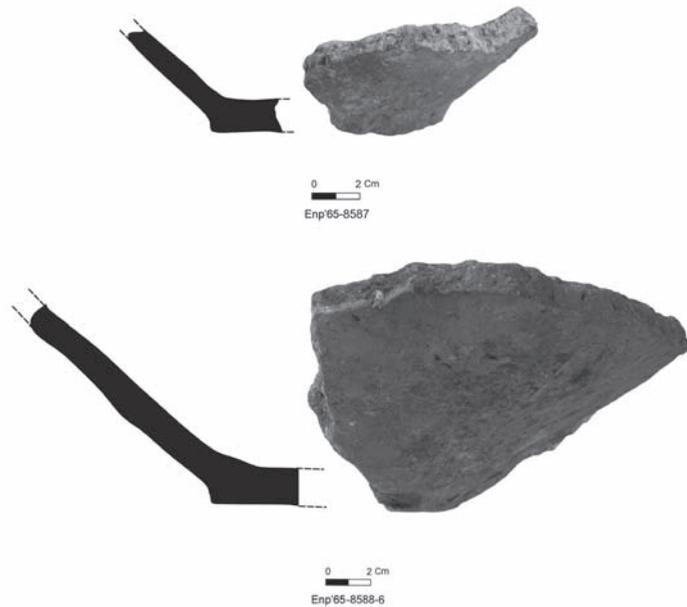


Figura 13.2 Cova d'En Pardo. Excavaciones de V. Pascual (1965). Fragmentos de recipientes de base plana.

en poblados al aire libre de la zona, como La Mola d'Agres (PEÑA ET ALII, 1996) y sobre todo más meridionales, como muestra la colección del Tabaiá en Aspe (HERNÁNDEZ y LÓPEZ, 1992) y de otros como Peña Negra y la necrópolis de cremación de Les Moreres, en Crevillent (GONZÁLEZ PRATS, 1983, 2003).

Además del material cerámico, en las excavaciones de V. Pascual también se localizó una pieza de hueso que durante mucho tiempo ha pasado por ser considerada un mango (SOLER DÍAZ, 2002 [vol II]: 207. Lám. 85. 13), y para la que no se ha llegado a proponer una cronología definida (PASCUAL BENITO, 1998: 105, Fig.III.97). Se trata de una diáfisis de metapodio de bóvido, de buen tamaño, que el propio V. Pascual llegó a dibujar en su diario de excavaciones (Fig. 4.17: 14), en uno de cuyos extremos se advierten tres perforaciones de sección cónica con un diámetro aproximado de 8 mm en el caso de la mayor y 6 mm en las dos restantes. La característica más destacable de éstas, no obstante, es que guardan una dirección más o menos convergente entre sí. Este rasgo es compartido con otro objeto de hueso, esta vez elaborado sobre un astrágalo de caballo, hallado fortuitamente en las laderas de la Peña de Sax (HERNÁNDEZ y PÉREZ, 2006), y para el que, como ocurre en el caso del ejemplar de En Pardo, no parece fácil atribuir un uso específico. Tanto por el tipo de soporte óseo empleado para su elaboración como por la disposición de las perforaciones, el ejemplar de En Pardo guarda considerables semejanzas con un objeto

similar encontrado en la cueva XI del yacimiento de Cales Coves (GUERRERO, 2007: 372. Fig. (5)11. 4), una necrópolis correspondiente al Bronce Final de la isla de Menorca (VENY, 1982, 67. Fig 33.19). En cualquier caso, creemos que quedan en pie reservas suficientes como para contemplar seriamente la posibilidad de que no se trate de un artefacto óseo de cronología prehistórica.

La ocupación de la Cova d'En Pardo durante el Bronce Final

Al panorama ciertamente complejo que ya ofrecía a mediados de los noventa el Bronce Final en el territorio valenciano (GONZÁLEZ PRATS, 1992; MATA, MARTÍ e IBORRA, 1995) vino a sumarse, a finales de la década, la corroboración del uso funerario de cavidades como la Cova d'En Pardo en los momentos iniciales de este período, más o menos durante las dos últimas centurias del II milenio y las primeras décadas del I milenio cal BC (SOLER ET ALII, 1999). Más allá de lo que ello implicaba como advertencia a la hora de valorar el registro funerario de las cavidades de enterramiento valencianas (SOLER, 2002: 101) y que recientes estudios no han hecho más que confirmar (McCLURE, GARCÍA y CULLETON, 2010), este hecho ponía de relieve la permanencia en el territorio de grupos humanos continuadores de tradiciones ancestrales en lo relativo a las prácticas de enterramiento, pero cuya representación en el registro arqueológico de los espacios domésticos distaba mucho de equipararse a la constatada durante el tercer cuarto del II milenio cal BC, cuando la inmensa mayoría de los asentamientos se hallaban emplazados sobre cerros o puntos elevados y en algunos de ellos se concentraban importantes contingentes demográficos (HERNÁNDEZ, 1997; JOVER y LÓPEZ, 2009).

Al menos en lo que concierne a las comarcas del Prebético Meridional valenciano, hoy parece probado que en las centurias que siguieron a la desaparición del importante núcleo de Cabezo Redondo y a la desarticulación del espacio político que éste presumiblemente controlaba, se asistió a una profunda reordenación y transformación de los modelos de ocupación y explotación del territorio vigentes hasta ese momento. Mutaciones de cuyo alcance y magnitud podría dar buena medida la ocultación del excepcional y celeberrimo Tesoro de Villena, muy probablemente acontecida en estos momentos (Hernández, 2005).

Sin duda alguna, estos cambios han contribuido en cierto modo a acrecentar las dificultades para reconocer y caracterizar, a partir del registro arqueológico, los asentamientos y las prácticas sociales de un periodo de nuestro pasado para el que, como ocurre en todos aquéllos que se ubican en los intersticios de las grandes etapas de nuestra historia, resulta extraordinariamente difícil representar el retrato, pues su rostro acopia tan pronto rasgos del inmediato pasado como prefigura formas del inminente futuro.

En cualquier caso, aunque contribuyen a dar razón de la evidente exigüidad de la documentación disponible, dichas dificultades ni explican ni excusan suficientemente su parquedad, pues a ellas se une la escasez de proyectos de investigación y de trabajos de campo orientados a incrementar el registro. De hecho, la información concerniente al Bronce Final en el centro y sur del Levante



Figura 13.3 Cova d'En Pardo. Excavaciones de V. Pascual (1965). Fragmentos decorados con motivos en reticulados incisos y cordones aplicados.

peninsular continúa siendo en lo básico la que ha proporcionado un pequeño conjunto de yacimientos excavados durante los años ochenta y noventa, de entre los que sin duda La Mola d'Agres (GIL-MASCARELL, 1983; GIL-MASCARELL y PEÑA, 1994), Pic dels Corbs (BARRACHINA, 1998), Saladares (ARTEAGA y SERNA, 1980), Peña Negra (GONZÁLEZ PRATS, 1983; 1993) Tabayá (HERNÁNDEZ y LÓPEZ, 1992) y Caramoro II (GONZÁLEZ y RUIZ, 1992) son los más destacados. Las principales novedades de esta última década han venido de un puñado de actuaciones llevadas a cabo en emplazamientos como Costamar (FLORES, 2009) o El Botx (TRELIS *ET ALII*, 2004) y la publicación de las excavaciones más recientes realizadas en algunos de ellos, como Pic dels Corbs (BARRACHINA, 2009) o Caramoro II (GARCÍA BORJA *ET ALII*, 2010).

Sin embargo, el inventario de yacimientos de los que se conoce la presencia de materiales (fundamentalmente cerámicos) atribuidos al periodo comprendido entre aproximadamente 1100 cal BC y 750 cal BC es mucho mayor, calculándose hacia mediados de los noventa en número de 62 (MATA, MARTÍ e IBORRA, 1996: 188, fig. 5). De hecho, entre los aspectos que caracterizaban el Bronce Final con respecto a la etapa precedente se consideraba el significativo incremento del número de asentamientos registrado, en lo que se interpretaba como resultado inmediato de la reestructuración del poblamiento que siguió a la desaparición de los principales enclaves del denominado "Bronce Tardío" (MATA, MARTÍ e IBORRA, 1995: 190). Ciertamente, desde un marco de observación a escala regional, la diacronía del proceso parece apuntar hacia una fase de desagregación y redistribución locacional de las comunidades del Prebético Meridional valenciano en oposición a las tendencias a la concentración de contingentes demográficos características de la segunda mitad del II milenio cal BC (HERNÁNDEZ, 2005; JOVER y LÓPEZ, 2009).

Entre todos estos yacimientos, como ya se ha señalado más arriba, se incluía un buen número de cuevas, llegándose a apuntar que la relativa concentración de cavidades con materiales de la Edad del Bronce constatada en el valle del Serpis y del Palancia, más allá de evidenciar diferencias con el resto del territorio valenciano en cuanto al grado de prospección e información arqueológica generada, estaría relacionada con un modelo de explotación más orientado a la ganadería que a la agricultura (MATA, MARTÍ e IBORRA, 1995: 190). Para el caso del valle del Palancia, sin embargo, V. Palomar (1996: 172) concluía la existencia de dos tipos diferentes de ocupación en las cavidades: por un lado, aquéllas que por sus condiciones de habitabilidad se habrían constituido en lugares de ocupación permanente, en las que se registraban amplias estratigrafías y abundancia de materiales arqueológicos; y por otro lado aquéllas que por carecer de tales sólo serían ocupadas de forma más esporádica en relación con la gestión de la cabaña ganadera.

Tras su uso como receptáculo funerario a lo largo del IV y III milenios cal BC, la Cova d'En Pardo podría haber continuado como esporádico lugar de enterramiento durante el II milenio cal BC, tal y como se ha atestiguado en otras cuevas de enterramiento del Alcoià (McCLURE, GARCÍA y CULLETON, 2010) pero si así fue, de ello no ha quedado constancia en las excavaciones realizadas en la sala de la derecha. Las dataciones radiocarbónicas obtenidas sí han

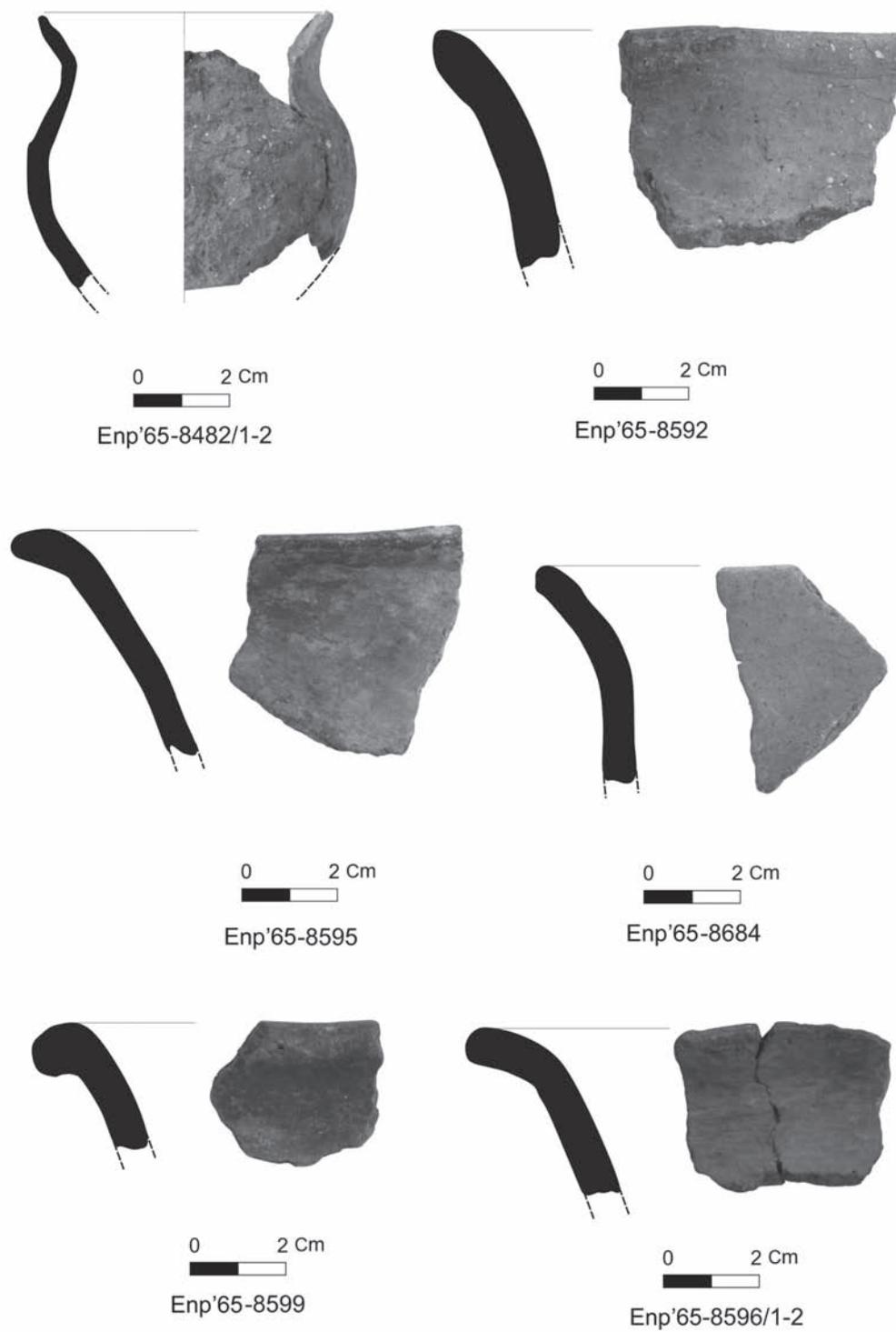


Figura 13.4 Cova d'En Pardo. Excavaciones de V. Pascual (1965). Recipientes de borde exvasado de diverso formato.

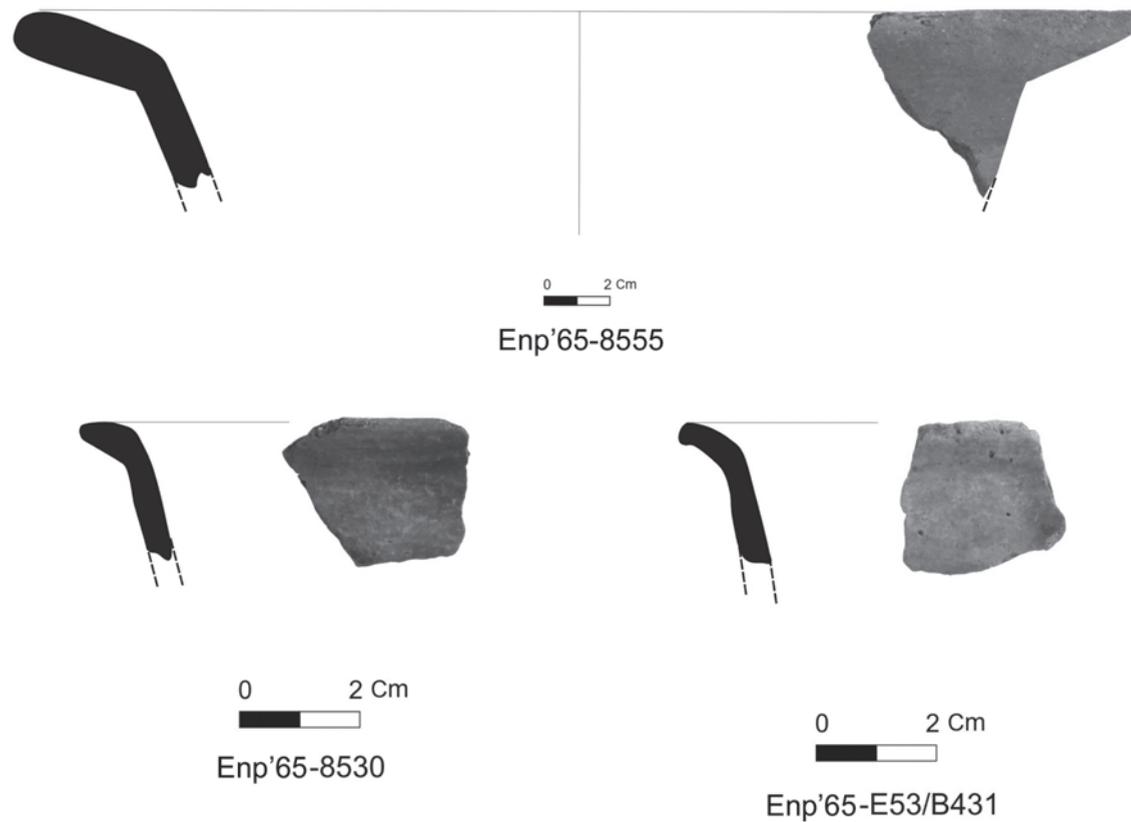


Figura 13.5 Cova d'En Pardo. Excavaciones de V. Pascual (1965). Fragmentos de recipientes de borde vuelto

corroborado la realización de inhumaciones en la cueva durante el tránsito del II al I milenio cal BC, evidenciando el estudio de los huesos humanos conservados una exposición a la intemperie del cadáver -al menos en el caso de la mujer localizada en la fosa del corte 4.2D (SOLER *ET ALII*, 1999: 156)- previa a su traslado a la fosa en la que, desarticulado, se depositó definitivamente su esqueleto. Resulta difícil establecer claramente la relación estratigráfica de estas fosas de inhumación con el nivel de ocupación hallado en el área del fondo de la sala derecha de la cueva, asociado a un hogar localizado en el sector 6.5 (SOLER *ET ALII*, 1999: 116). Las características que ofrece la vajilla cerámica registrada en el Nivel II en esta zona, básicamente orientada a la preparación, cocinado y consumo de bebidas y alimentos, y en la que están prácticamente ausentes los recipientes de gran tamaño destinados al almacenamiento, refuerzan la hipótesis de una ocupación puntual de la cavidad más que la de un uso continuado de la misma como lugar de habitación. Si ésta estuvo o no vinculada con el desempeño de una actividad preferentemente pastoril por parte de sus ocupantes es un extremo que en nuestra opinión todavía no es posible afirmar con rotundidad a partir de los datos registrados hasta ahora,

juicio que con mayor motivo creemos posible extender a muchas otras cavidades de similares características de las que se cuenta con mucha menos información aún.

A propósito de los dos enterramientos registrados en la Cova d'En Pardo, M. S. Hernández (2005: 26) destacaba la más que probable contemporaneidad de estas inhumaciones con los momentos de ocupación de los poblados de El Puig y la Mola d'Agres, aun reconociendo que la considerable distancia que los separa de la cueva hacía difícil establecer una relación directa entre ellos. En ese sentido, resulta más plausible vincularlos con yacimientos más próximos a la cueva, como el de la Ermita de Cristo, en Planes (Pascual Benito, 1990: 98) donde hacia finales de los años ochenta miembros del Centre d'Estudis Contestans localizaron una bolsa de materiales cerámicos entre los que figuraba un fragmento con decoración incisa y otro con acanalados (MATA, MARTÍ e IBO-RRRA, 1995: 195. Fig. 6.1-2) que, aunque de una entidad imposible de evaluar, denotan la ocupación durante el Bronce Final de este emplazamiento destacado y con un amplio dominio visual sobre el territorio circundante. No se trata ése del único yacimiento de la Edad del Bronce conocido en el entorno de la Cova d'En Pardo.

Las actuaciones arqueológicas llevadas a cabo en el interior del recinto fortificado almohade del Castell de Planes pusieron al descubierto un pequeño conjunto de objetos de cerámica, hueso y piedra pulimentada que cabe atribuir sin duda alguna a la presencia de un poblado de esta época cuyos restos habrían sido totalmente desmantelados por la instalación medieval (MENÉNDEZ, 1996, 171). De hecho, el material arqueológico referido se registró formando parte del relleno de nivelación y preparación de uno de los pavimentos de las viviendas almohades excavadas. Los indicios de la existencia de ocupaciones de la Edad del Bronce en cerros y elevaciones posteriormente empleadas para la construcción de fortificaciones medievales es un hecho bien conocido en el registro arqueológico de la zona (RUBIO, 1987). En el Castilllo de Perputxent, en Castells, también se localizaron materiales cerámicos atribuidos al Bronce Final (PASCUAL BENITO, 1990: 98; MATA, MARTÍ IBORRA, 1995: 193. Fig 5.42).

Los últimos trabajos de prospección del territorio publicados, realizados de forma metódica e intensiva, parecen estar dibujando para algunas zonas, cada vez con más nitidez, un panorama para esta época dominado por la alternancia de asentamientos ubicados en zonas llanas, en colinas bajas o en la falda de relieves

poco pronunciados, frente otros asentamientos posicionados en cumbres dominantes y escarpadas y también en cuevas, todo lo cual permite intuir ya un modelo de distribución del poblamiento que prefigura el patrón característico de los primeros tiempos del iberismo (MOLINA y JOVER, 2007).

En suma, cuesta todavía conformar una imagen nítida del papel que cavidades como la Cova d'En Pardo jugaron en el complejo proceso de transformaciones sociales que caracterizó esta época convulsa, en la que la Península Ibérica y en especial sus territorios costeros se incorporaban plenamente al espacio común compartido, en lo económico y cultural, con el resto de pueblos mediterráneos. De manera que restan infinidad de interrogantes abiertos, entre los que si acaso se abre paso tan sólo la percepción, cada vez más evidente, de la existencia de una frontera cultural entre el Segura y el Vinalopó hacia el 900-800 cal BC, que con el tiempo que requiera la investigación será necesario caracterizar también desde el plano de su expresión política como divisoria entre grupos arqueológicos diferenciados. Toda una gran tarea que sólo puede acometerse desde las sólidas bases del compromiso y el trabajo arqueológico riguroso de ésta y de nuevas generaciones de investigadores.